

Expreso, 11 de agosto de 1993

Expreso MIERCOLES 11 • AGOSTO 1993

# A la reelección dile no

Francisco Sagasti

Para ser buen gobernante hay que saber, entre otras cosas, cuándo y cómo dejar el poder. Esto es, quizás, lo más difícil de aprender para quien ejerce la máxima autoridad en una nación. La historia demuestra que demasiados mandatarios no han sabido salir bien a tiempo; y, por el contrario, han tratado de quedarse más de lo conveniente para el país y para ellos mismos.

El problema reside en que, para un gobernante, el poder puede ser como la droga. Se empieza a ejercer poco a poco -a veces con cierta cautela-, pero se va apoderando de quien lo usa en forma continua y sin contrapesos. Encerrándose en un mundo de percepciones cada vez más distorsionadas, quien se deja dominar por la droga del poder busca el poder absoluto, convencido de que es lo mejor para quienes gobierna.

La historia política de Occidente, durante los últimos siglos, puede resumirse en una búsqueda de

medios para evitar los estragos sociales que causa la droga del poder. El resultado de esta búsqueda ha sido el sistema político democrático, caracterizado por la existencia de balances, controles y contrapesos para el ejercicio del poder. El pluralismo político, el respeto a los derechos de las minorías, la delegación de autoridad y la división de poderes, son algunos de los mecanismos que impiden la concentración excesiva de poder en una democracia.

Sin embargo, en el entorno de un gobernante nunca falta alguien que estimule su consumo de la droga del poder. Quizás con la mejor de las intenciones, hacen esto quienes promueven la reelección presidencial inmediata en un sistema político como el peruano, en el cual hay pocos controles efectivos sobre la autoridad presidencial.

La alternancia en la primera magistratura es la única garantía para evitar que el ejercicio continuo

del poder haga que el gobernante y su entorno pierdan perspectiva, se aislen progresivamente de aquellos a quienes gobiernan y, finalmente, terminen por sabotear sus propios logros.

El gobierno del ingeniero Alberto Fujimori ha logrado detener la hiperinflación, contrarrestar la subversión terrorista y crear un ambiente de mayor orden y estabilidad. Sin embargo, en el ámbito económico persiste una serie de problemas (3% de inflación mensual promedio, altas tasas de interés, una prolongada y aguda recesión, entre otros), cuya solución requiere de un manejo fino de la política económica y de las estrategias sectoriales, así como de un numeroso equipo técnico-político del más alto nivel, que tenga autonomía de gestión.

Los éxitos de la lucha antiterrorista, basados en una política de represión e inteligencia policial, no son suficientes para enfrentar

las causas fundamentales de la subversión -pobreza, marginación, desempleo, desigualdades extremas-, que afectan, sobre todo, a los jóvenes. La percepción de mayor orden y estabilidad, sustentada por el autoritarismo, puede cambiar rápidamente en la medida que se renueven los atentados terroristas, surja un rebrote inflacionario o se cuestione las políticas del gobierno mediante huelgas u otras medidas de fuerza.

Para consolidar estos significativos, pero aún frágiles logros, y para avanzar en la agenda temas pendientes -descentralización, erradicación de la pobreza y lucha contra las drogas-, es imprescindible evitar la personalización de los éxitos y hacer que todos los peruanos se sientan partícipes de ellos y los asuman como propios.

En un país que viene saliendo de uno de los períodos más negros de su historia, esto requiere de un clima de tolerancia y apertura política que sólo puede conseguirse a través del diálogo respetuoso, la búsqueda de consensos y la participación ciudadana en la gestión gubernamental a todos los niveles.

A dos años de concluir su mandato, el ingeniero Alberto Fujimori enfrenta una situación paradójica. Para consolidar los logros de su gobierno necesita cambiar radicalmente de estilo: pasar del autoritarismo y el personalismo a la apertura política y la participación. Sólo así será posible institucionalizar los avances de los tres últimos años, dándoles estabilidad y continuidad, que no deben depender de la presencia de un caudillo providencial.

Al personalizar los logros, la reelección presidencial inmediata atentaría contra el propósito de solidarios. Además, indicaría que el ingeniero Fujimori y su entorno no tienen la confianza en que el pueblo peruano haya aceptado plenamente y a cabalidad las reformas que han puesto en marcha de forma autoritaria. Demostraría, también, que el primer mandatario es incapaz de decirle no a la droga del poder y que estaría en camino a convertirse en un adicto a ella.

Alberto Fujimori se ha ganado un lugar en la historia del Perú. Si es un sitio privilegiado o un lugar secundario, dependerá en gran medida de su entereza para rechazar los cantos de sirena de los partidarios de la reelección inmediata.